



CLAUDE MOSSÉ

LA MUJER EN LA GRECIA CLÁSICA

NEREA

Aristófanes no es el único autor de comedias del último tercio del siglo v. Pero fue el que más galardones recibió, y por ello sus principales obras han llegado íntegras hasta nosotros. Pues bien, de las once que conocemos, tres ponen en escena a mujeres que desempeñan en la intriga un papel esencial: *Lisístrata*, *Las tesmoforias* y *Asamblea de las mujeres*²⁷.

Es bien conocido el tema de *Lisístrata*, comedia representada en el año 411, cuando acababa de reanudarse, tras una corta interrupción, la guerra entre Atenas y Esparta. La ateniense Lisístrata propone a las mujeres de Grecia que hagan la huelga del amor mientras los hombres no pongan fin a la guerra. Situación burlesca que da pie a bromas atrevidas muy frecuentes en la comedia, pero que en ningún caso debe entenderse como una demostración del poder femenino. Y de hecho, si bien la obra termina con una tregua gracias a la acción de las mujeres, tras dicha tregua se impone la restauración del orden no sólo en la ciudad, sino en cada casa. Así lo dice Lisístrata, dirigiéndose al ateniense y al espartano: "Intercambiad vuestros juramentos y vuestra fe. Después, cada uno de vosotros tomará de nuevo a su mujer y se irá"²⁸. Es más, Aristófanes se complace poniendo en boca de las mujeres palabras reveladoras de su *naturaleza*: ellas son astutas, sensuales, coquetas; y es esta misma coquetería la que van a utilizar: "Esto es precisamente lo que nos salvará, dice Lisístrata, las pequeñas túnicas color azafrán, los perfumes, las peribárides, la orcaneta, los vestidos transparentes"²⁹. Les gusta el vino y los juegos amorosos. Pero lo que da a la obra sentido es que la acción de las mujeres no es en absoluto una acción *política* a pesar de las apariencias³⁰. Pues las mujeres piensan acabar con la guerra aplicando a la ciudad entera una sabiduría *doméstica*, sustituyendo las armas por el huso y la rueca. "¿Cómo podréis conseguir [pregunta a Lisístrata el jefe de la *Boulé*] aplacar tantos desórdenes como hay en el país y acabar con ellos?". A lo que responde Lisístrata: "De la misma manera

que hilamos: cuando un hilo se nos ha enredado, lo cogemos así y lo levantamos con nuestros husos hacia aquí y hacia allá. De la misma manera pondremos fin a esta guerra, si nos dejan, desenredando la madeja por medio de embajadas enviadas acá y allá”³¹. La mujer, incluso cuando aspira a gobernar, sigue siendo ante todo una señora de la casa, y si bien las mujeres se apoderan de la Acrópolis, es en primer lugar para poner a salvo el tesoro dilapidado por los hombres. Pero el espectador ateniense del siglo V sabía muy bien que al final todo volvería a la normalidad, que el mundo que estaba *patas arriba* sería enderezado de nuevo, y que las mujeres encontrarían otra vez el camino de la casa.

La segunda obra *femenina* de Aristófanes, *Las tesmoforias*, nos lleva de nuevo a Eurípides. Las tesmoforiantes eran unas fiestas en honor de Deméter y de su hija Perséfone, en las que participaban solamente las mujeres casadas y atenienses. Durante los tres días que duraba la fiesta, ningún hombre tenía derecho a tener relaciones con las mujeres, que celebraban el culto de las dos diosas con procesiones, danzas, misterios, etc. Aristófanes imagina que, con ocasión de esta fiesta, las mujeres atenienses han jurado vengarse de Eurípides y de los ataques proferidos por él contra las mujeres (cuya ambigüedad hemos señalado). El poeta convence a uno de sus parientes para que se disfrace de mujer y pueda de esta manera entrar en el santuario de las tesmoforias. Éste es el punto de partida de una intriga que Aristófanes aprovecha para parodiar a Eurípides y burlarse de él. Ahora bien, ¿acaso Aristófanes, presentándose a sí mismo como defensor de las mujeres, toma como blanco de sus burlas los ataques del poeta trágico contra las mujeres, su misoginia? Permítasenos dudarlo y decir que limitarse a algunas fórmulas aisladas es quedarse sólo en lo superficial. Porque incluso tales fórmulas tienen un doble sentido cuando se trata de Aristófanes. Así por ejemplo, cuando la primera mujer manifiesta su indignación al ver “a las mujeres arrastradas por el

barro por Eurípides, el hijo de la verdulera, y expuestas por su culpa a toda clase de injurias", lo hace sobre todo porque, al calumniar a las mujeres, ha despertado las sospechas de los maridos y de esta manera "ya no podemos hacer nada de lo que hacíamos antes"³², es decir, beber a escondidas o abrir la puerta a un amante. Y cuando el pariente de Eurípides toma la palabra para defenderlo es para decir que el poeta no ha dicho toda la verdad: "¿Por qué tenemos que acusarlo de esta forma e indignarnos por que ha revelado dos o tres de nuestras fechorías, cuando él sabe bien que son innumerables las malas acciones que cometemos?"³³. Y enumera a continuación esos innumerables vicios a los que se entregan las atenienses, tras lo que concluye diciendo que si Eurípides no ha llevado a la escena a Penélope, el modelo de la mujer virtuosa, es porque "es imposible encontrar una sola Penélope entre las mujeres de hoy: todas, absolutamente todas, son Fedras"³⁴. Incluso la larga tirada del coro que intenta rebatir el que las mujeres sean "un azote para los hombres" se hace cargo a su vez —presentándolos, por supuesto, con un matiz positivo— de todos los rasgos que tradicionalmente caracterizan la imagen de la mujer: golosa, coqueta, sensual, ladrona. Y el poeta reduce esta superioridad que las mujeres se arrogan a una simple cuestión de grado en su comportamiento deshonesto: "No se verá a una mujer, después de haber robado cincuenta talentos al tesoro público, llegar en un carro a la Acrópolis; el mayor hurto que haya podido hacer, una medida de trigo robada al marido, la devuelve el mismo día"³⁵.

El problema se complica un poco más en la tercera comedia *femenina* de Aristófanes. En *Lisístrata*, en efecto, las mujeres se apoderaban de la Acrópolis solamente para obligar a sus maridos a acabar con la guerra, y no pensaban en ningún momento continuar allí una vez conseguido su propósito; pero en la *Asamblea de las mujeres* nos hallamos claramente ante una revolución política: las mujeres atenienses, disfrazadas de hombres, se hacen dueñas del

poder e instauran en la ciudad un régimen comunista. Pero si miramos con más atención, nos daremos cuenta de que lo que justifica el poder femenino se inscribe en el marco de la imagen tradicional de la mujer. Oigamos a Praxágora, la *cabecilla* que promueve la operación: "Yo creo que debemos dejar la ciudad en manos de las mujeres, de la misma manera que en nuestras casas les encomendamos las funciones de administradoras y despenseras... Que sus costumbres son mejores, es lo que os voy a demostrar. En primer lugar, todas sin excepción mojan sus lanas en agua caliente a la antigua usanza, y no las veréis intentar cambiar. Ahora bien, la ciudad de los atenienses, aunque se encontrase bien en la práctica de alguna costumbre, no se consideraría salvada si no se las ingeniasen para hacer alguna innovación. Ellas hacen los asados sentadas como antes; llevan la carga sobre la cabeza como antes; celebran las Tesmoforias como antes; hacen los pasteles como antes; fastidian a sus maridos como antes; tienen amantes dentro de casa como antes; se buscan golosinas como antes; les gusta el vino puro, como antes. A ellas, pues, oh ciudadanos, confiémosles el Estado sin discutir, y no nos preguntemos lo que van a hacer, sino dejémoslas simplemente gobernar. Consideremos solamente esto: en primer lugar, que al ser madres, pondrán todo su empeño en salvar a los soldados. Después, en cuanto a los víveres, ¿quién mejor que una madre se los enviará con más rapidez? Para conseguir dinero no hay nada más ingenioso que una mujer; gobernando nunca se dejará embaucar, porque ellas mismas están acostumbradas a engañar"³⁶. Todos los elementos están presentes: la función doméstica tradicional de la mujer, guardiana del hogar, y sus no menos tradicionales defectos: la astucia, la mentira, la afición al vino y a las golosinas, la sensualidad.

Queda aún por instaurar un sistema *comunista*, y Praxágora decreta lo siguiente: "Dispongo que haya una única forma de vivir, común a todos, para todos la misma". La tierra, el dinero, las pro-

piedades de todo tipo... "todo será de todos"³⁷. Muchas cuestiones se han planteado en torno a este comunismo de la *Asamblea de las mujeres*. Se ha querido ver en él una sátira de las teorías que al parecer se propagaron entonces en Atenas, y más concretamente un ataque contra la ciudad ideal descrita por Platón en la *República*, en especial contra la comunidad de mujeres proyectada por el filósofo³⁸. En la Atenas de Praxágora, en efecto, todas las mujeres serán propiedad de todos los hombres, con una sola condición: que para conseguir una mujer bella, hay antes que acostarse con una fea. Pero todos los hombres serán comunes también a todas las mujeres, en las mismas condiciones. Es evidente que, al hacer esto, Aristófanes se burlaba de todos los creadores de utopías. Pero no está claro *a priori* la relación entre las mujeres en el poder y el establecimiento de este comunismo integral. Sí aparece, sin embargo, cuando a la pregunta de su esposo: "¿Qué clase de vida tendrás?" Praxágora responde: "Igual para todos. Pretendo hacer de la ciudad una sola casa rompiendo hasta la última todas las cerraduras, de manera que todos puedan ir a casa de todos"³⁹. Por ello, los lugares donde estaban los tribunales, los pórticos bajo los que se debatían entre hombres las cuestiones importantes, servirán como comedores. Se colocarán los cántaros en la tribuna desde donde los oradores arengaban al pueblo. De esta manera toda la ciudad se convertirá en un inmenso *oikos*, cuya guardiana será, por supuesto, Praxágora, a la que ayudarán las demás mujeres.

La obra aparentemente más *revolucionaria* de Aristófanes no puede incluirse en absoluto, como se ve, en el *dossier* de ningún movimiento feminista. Antes al contrario, el poeta cómico recupera todas las imágenes tradicionales de la mujer y las utiliza como vehículo de su crítica de la democracia contemporánea. Partidario de un sólido conservadurismo, busca en la función doméstica de las mujeres argumentos favorables para un retorno al pasado con el que sueña una parte de la intelectualidad ateniense al finalizar



27.

El jardín de Afrodita.

Las comedias desarrollaban temas amorosos.

la guerra del Peloponeso. Y como lo que importa ante todo es hacer reír, encontrará en las mujeres –astutas, charlatanas, aficionadas al vino y al amor– la mejor excusa.

Aristófanes nos ofrece, como antes lo han hecho los poetas trágicos, una imagen de la mujer que no se diferencia apenas de la elaborada por la tradición desde Homero y Hesíodo.

Las últimas comedias de Aristófanes se representaron en los primeros decenios del siglo IV, cuando la potencia ateniense iba languideciendo lentamente. Ya hemos visto en la primera parte de este libro que, en este período de *crisis*, la condición de la mujer *ciudadana* presentaba algunos rasgos nuevos que se consolidarán en la época helenística, aunque su situación no había evolucionado de forma clara; uno de ellos es una mayor independencia *económica*, tanto en la mujer pobre, obligada a ganarse la vida y empujada por ello a salir de su casa, como en la mujer rica, que dispone más libremente de su dote, en la medida en que el dinero